

Entrevista con Eliseo Alberto

Javier Bañuelos*

Ganador del Premio Internacional de Novela Alfaguara en 1998 con *Caracol Beach*, Eliseo Alberto se ha convertido en una de las figuras sobresalientes de la nueva narrativa cubana.

Su juventud en la Cuba revolucionaria, su paso por el periodismo y el cine como antesala a la literatura son algunos de los temas que aborda en esta charla el habanero avecindado en la ciudad de México desde 1991.

Eras un niño de siete años de edad cuando triunfó la Revolución Cubana, ¿cuáles fueron las primeras noticias que tuviste de aquellos acontecimientos?

Yo vivía entonces con mi familia en una finca que teníamos en Arroyo Naranjo, un pequeño poblado cercano a La Habana, y recuerdo que fue el 6 de enero de 1959, día de los Reyes Magos, cuando tuve mi primer encuentro con la revolución. Durante la noche que va del día cinco al seis mi madre, que es diabética, sufrió su primer coma hipoglucémico. El espectáculo de un coma de esta naturaleza es fuerte, parecido a la epilepsia. Abuela y papá se asustaron. No sabían qué estaba pasando. Abuela salió a la carretera a buscar ayuda y logró parar un coche que venía lleno de rebeldes que iban a La Habana para unirse al festejo y esperar la entrada de Fidel Castro. Entre ellos venía un sanitario de la tropa y fue él quien curó a mi madre: una decena de cucharadas de azúcar. Para mis hermanos y para mí aquello fue tremendo porque estábamos esperando la visita de los Reyes Magos y de pronto escuchamos ruidos, pasos, voces, nos despertamos y vimos la casa invadida por barbudos con ametralladoras, adornados con collares y medallas de la virgen. Ese día que supe que los Reyes no existían y que había triunfado algo que se llamaba la Revolución Cubana.

¿Cómo recibió tu familia el triunfo de aquellos revolucionarios?

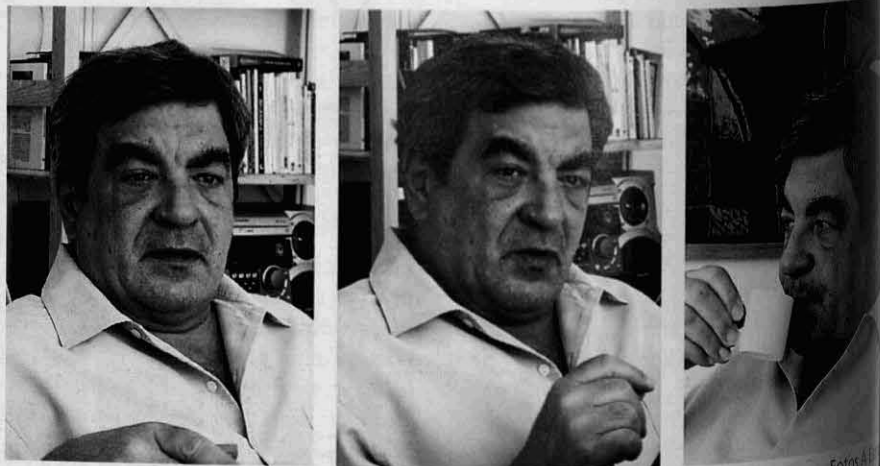
Con mucha preocupación, incluso mi familia pensó en irse del país, más temprano que tarde. Fue una respuesta de gran temor ante lo que se suponía representaba

el nuevo gobierno. En ciertos círculos cubanos la sola palabra comunista provocaba un susto tremendo. Pero en honor a la verdad durante los años sesenta hubo en mi familia una especie de comprensión de lo que estaba pasando. Mi familia es muy cristiana, muy católica y fue receptiva al discurso revolucionario sobre la justicia social. Esta idea de atender al pobre, de dar al necesitado, tiene una resonancia importante en el mundo del verdadero católico. En algunos, al menos.

¿Fue difícil crecer bajo un régimen socialista siendo un creyente católico?

La verdad es que para mí no fue tan difícil adaptarme a los nuevos tiempos. Mi familia era también muy liberal. Mis primos, mis hermanos y yo asistimos siempre a escuelas populares, laicas. Además el hecho de que mi padre fuera una figura des-

* Editor de la revista *Universidad de México*



Fotos: A. E.

tacada del medio intelectual de la época me permitió desde muy joven asomarme al mundo del arte. Pude conocer a toda una generación de actores, pintores, bailarinas y desde luego escritores, por ejemplo a José Lezama Lima a quien mis hermanos y yo llamábamos tío. Eso me ayudó a tener una actitud más abierta frente a la vida. Cuando entramos en grados superiores de enseñanza sí hubo que ocultar o negar esas creencias porque ya el sistema socialista se iba imponiendo y decir que tú eras creyente podía ser motivo para ser señalado con alguno de los muchos dedos acusadores. Pero para mí no fue difícil pues para ese momento: ya había dejado de ser un católico practicante para convertirme en un joven revolucionario.

¿Cómo defines a tu generación, la primera generación de cubanos formados bajo el nuevo régimen?

Creo que nunca habrá otra generación tan ilusionada como la nuestra. Crecimos convencidos de formar parte de la vanguardia de la humanidad y tardamos mucho en aceptar que las cosas no iban del todo bien. Fuimos una generación muy terca, muy obstinada, a diferencia de la generación siguiente que adoptó, mucho antes que nosotros, una postura muy crítica.

Fue tan intensa esa fe en la revolución que todavía hay muchísimos miembros de mi generación, algunos de ellos amigos entrañables, que siguen aferrados a ese ideal, actitud que yo respeto mucho. Sin embargo, creo que en algunos casos esa fidelidad tiene más que ver con una incapacidad para admitir que se equivocaron, que las cosas no resultaron como las imaginamos. No es fácil aceptar eso después de haber entregado a esa causa tantos años de tu vida. Esa es en parte, me parece, la razón por la que algunos escritores como José Saramago y el mismo Gabriel García Márquez se niegan a reconocer los errores y las injusticias que se han cometido en la isla.

¿Cuándo supiste que serías escritor, que tu mundo sería la literatura?

Pablo Neruda dice que él lo supo cuando vio morir un cisne y observó como se le iba desenroscando el cuello. En mí caso no hay un mo-

Lo que une a los pueblos son sus pecadores no sus santos.

mento tan claro. Lo que sí recuerdo es que siempre tuve un gran amor por la palabra. Yo era un niño muy taciturno, solitario y aunque estaba rodeado de amigos, prefería imaginar mis propios juegos, inventarme historias. Eso cambió cuando crecí y me enamoré perdidamente de una bailarina. Quería decirle al mundo lo que sentía y comencé a escribir poemas. Y fue entonces, al escribir uno de esos textos volcánicos, fervorosos, cuando sentí una suerte de iluminación dentro de mí, como si se rompiera un velo y al mismo tiempo se abriera un espacio, una posibilidad, que todavía hoy no alcanzo a definir. Esa experiencia me acercó definitivamente a la literatura.

Tus primeros pasos literarios los diste en el terreno de la poesía, ¿qué hay en aquellos tres cuadernillos que publicaste en La Habana en los años setenta?

Hay en ellos mucho verso patriótico y muchas metáforas de amor. Yo era entonces un joven revolucionario y estaba muy enamorado. Los temas que toco son los temas clásicos que a uno le interesan cuando tiene dieciocho años: la historia, el presente, la amistad, el amor. Todo está dicho con un lenguaje coloquial, a la manera de lo que había hecho el chileno Nicanor Parra en sus memorables antipoemas. Curiosamente ahora que vuelvo a leerlos siento que son poemas muy narrativos.



Eliseo Alberto, primero de derecha a izquierda, con su madre y sus dos hermanos.

¿Por qué no has vuelto a publicar poemas?

Empecé a distanciarme de la poesía cuando, un mal día de 1978, aquel gran amor se acabó de la noche a la mañana. Sin embargo, el distanciamiento definitivo llegó cuando crecí y me di cuenta que iba a ser muy difícil cargar con el peso y el prestigio de mi padre, un poeta de los grandes. Las comparaciones serían inevitables y yo no soportaba el compromiso de ser Eliseo Diego jr. No me gustaba nada la idea. Entonces me dije ante un espejo: no escribo un verso más y me propuse incursionar en algún género que mi padre no hubiera tocado con su magia. Así llegué a la novela: huyendo.

Al final de la década de los setenta comenzaste a ejercer el periodismo y en 1981 publicas tu primera novela. ¿Influyó de alguna manera el trabajo periodístico en tu capacidad narrativa?

Al terminar mi carrera de periodismo (y con ella, mis años de candores universitarios), tuve la suerte de entrar a trabajar a una revista que se llamaba *Cuba Internacional*, una publicación clave para entender lo que luego sucedió en la literatura cubana. Allí trabajaba un grupo muy divertido de escritores alucinados, novelistas incansables, poetas incendiarios. Una colmena de zánganos, sencillamente inolvidables: Raúl Rivero, Antonio Conte, Norberto Fuentes, Manuel Pereira. Estar junto a ellos, tratar de imitarlos, seguirles el paso, me permitió soltar la mano e ir desarrollando cierta habilidad para contar mentiras, requisito indispensable para todo novelista que se respete.

Por esas fechas, ya tenía cierto conocimiento sobre la construcción de la estructura dramática en el cine. Había escrito un par de guiones de largometraje. Con ese instrumental me lancé a escribir *La fogata roja*, mi primer novela. La publiqué por capítulos, semana tras semana, en una revista militar. Lo reconozco: fue una decisión absolutamente irresponsable, pero entonces yo cumplía tres largos años de servicio militar, eran los tiempos de la guerra de Angola, y estaba dispuesto a todo con tal de enterrarme en alguna trinchera de la Historia. Le guardo un enorme cari-

ño a esa novela —que luego se editó como libro, allá en la isla.

Después llegaste a una revista fundamental en la historia de la literatura cubana posrevolucionaria, *El Caimán Barbudo*, ¿qué época de *El Caimán Barbudo* te tocó vivir?

Me toca una época más tranquila del Caimán, era un Caimán que estaba a punto de recibir a la generación de los ochenta, una generación muy crítica y mucho más audaz que la mía. Yo fui jefe de redacción entre 1981 y 1982, y me tocó afortunadamente la suerte de publicarle sus primeros textos a varios de aquellos muchachos. Fue un momento de transición interesante pues ellos rompieron con el inmovilismo imperante y lograron cierta apertura en la revista.

Había un buen equipo de trabajo. Nos divertimos mucho y seguramente también fuimos muy injustos en no pocas críticas. Aunque ya no corrían sus años gloriosos, El Caimán siguió siendo un refugio, sino de una disidencia abierta sí por lo menos de una actitud contestaria. Yo duré en el cargo apenas once meses. Los viejos funcionarios hacen una depuración y salgo como bola por troneras: conmigo hizo las maletas, entre otros el buen novelista Leonardo Padura, entonces crítico literario. Tengo la gloria de que he sido el jefe de redacción que menos ha durado en el cargo: el hecho de que me hayan despedido es un mérito adicional, por lo pronto en mi colección de fatuas vanidades.

Por muchos años mantuviste una intensa relación con el mundo del cine, hiciste crítica cinematográfica, escribiste algunos guiones e incluso has impartido algunos cursos al respecto, ¿existe alguna influencia del cine en tu trabajo literario?

Sí. Sobre todo en lo que tiene que ver con la estructura y con el ritmo. Yo tuve la suerte de que después de *El Caimán Barbudo* entro a trabajar al Instituto Cubano de Artes y de la Industria Cinematográficas, el ICAIC. Esa experiencia robusteció, si cabe, mi oficio literario. Por ejemplo, en el sentido del montaje, eso que llamo la velocidad de la novela. Mis novelas son veloces, rara vez se detienen en pausas no controladas. Otro aspecto es el de la visualización del hecho literario, para mí es muy

importante que las cosas se vean. Yo siempre me he preguntado como sería la lectura de una novela antes de la existencia del cine. Cómo se leerían las novelas de Charles Dickens, por ejemplo. Porque ahora, me parece, la lectura es un proceso a veces muy cinematográfico: el lector es casi un espectador del texto, su último realizador.



Eliseo Alberto con sombrero guajiro durante la zafra de 1970.

¿De qué manera armas tus novelas, te ciñes a alguna estructura previa o dejas que la historia y los personajes te lleven?

No sé si sea por mi afición al ajedrez, pero soy muy calculador y he ido desarrollando algunos esquemas muy complicados de trabajo. La excepción que confirma la regla fue *La eternidad por fin comienza un lunes*, pues fue saliendo según la escribía. Ya después, en la construcción de *Caracol Beach* y *La fábula de José* puse en práctica algo que aprendí en el cine trabajando con el director cubano Tomás Gutiérrez Alea, quien era muy riguroso en la definición de la estructura narrativa. Para esas novelas definí de arranque una especie de escaleta que me sirvió de arquitectura estructural donde montar la historia. Eso me ayudó mucho porque siempre supe muy bien hacia dónde estaba moviéndome. En la novela que estoy escribiendo ahora también tengo trazado una especie de mapa, pero estoy dejando correr más libremente la historia, para ver qué pasa.

Yo escribo bastante rápido, pero invierto muchísimo tiempo en corregir. Aunque sé que ese afán perfeccionista es totalmente inútil, soy un escritor a quien deben arrebatarse los libros para mandarlos a la imprenta, porque si no, puedo pasarme la vida corrigiéndolos. Por ejemplo, *La fábula de José* la terminé en pocos meses, pero me pasé tres años trabajando todo el día en ella y la novela no creció una página al contrario bajo como treinta.

En *Caracol Beach* y en *La Fábula de José* creas una ciudad para que corran en ellas tus personajes. Este lugar se llama Santa Fe y está situado a medio camino entre Miami y La Habana, ¿tiene alguna relación Santa Fe con otros pueblos imaginarios que ha creado la literatura latinoamericana, por ejemplo la Santa María de Juan Carlos Onetti o el Macondo de Gabriel García Márquez?

No creo que haya mucha relación. Mis personajes no son originarios de Santa Fe, son más bien símbolos del desarraigo, son una especie de tráfugas. Muchos de ellos están de paso o llegaron ahí contra su voluntad. Santa Fe es más bien una ciudad posmoderna donde no hay una cultura dominante, hay más bien la existencia de muchos acentos, de muchas lenguas, modas, etc... Es una ciudad muy distinta a la de Onetti o a Macondo que son lugares con historia, con tradiciones, donde se siente la presencia de los fundadores, de los pioneros. Ahora en la novela que estoy escribiendo toda la historia se desarrolla en La Habana.

En los libros que has publicado fuera de la isla se percibe un interés muy marcado por temas como el perdón, la clemencia, la reconciliación, la fe, ¿por qué te interesan tanto estos temas?

Efectivamente la clemencia, el perdón, la reconciliación son temas que me interesan mucho, aunque resultan, créeme, temas difíciles de tratar porque son palabras que han sido muy devaluadas, malgastadas por políticos, panfletarios y supuestos salvadores de almas. En el fondo todos mis libros son un llamado a una concordia nacional, a ofrecer perdón y a otorgar clemencia. Yo siempre digo que desde niño a uno le enseñan a pedir perdón pero no a concederlo. Pero no sabe muy bien cuando



Eliseo Alberto con su padre el poeta Eliseo Diego.

En el fondo todos mis libros son un llamado a una concordia nacional, a ofrecer perdón y a otorgar clemencia.

¿Por qué elegiste México para vivir tu exilio?

Porque México está más cerca de Cuba.

Pero Miami está más cerca de La Habana...

Yo respeto mucho a Miami, creo que ha cambiado bastante, incluso más que la isla, pero a mí no me gustan los países tan organizados, rigurosos, avasallantes. Prefiero los relojes que se atrasan, los metros que se demoran, esas pequeñas imperfecciones nacionales. En nuestros países se gana mucho menos, hay mucha más pobreza,

concederlo. Uno sabe conceder el perdón cuando el otro se arrepiente, se arrodilla y si es delante de mucha gente mejor ¿Pero cómo perdonar a alguien que no se arrepiente? ¿Cómo entender a alguien que no se arrepiente? Yo creo que es una pregunta clave para el futuro de Cuba. Algún día tendrá que suceder que el exilio y la isla se encuentren. Y si uno viene con la revancha y el otro con intransigencia se puede armar ahí una época de despelote social, de guerra civil, qué sé yo.

Finalmente encontraste tu camino como novelista, ¿qué piensas del auge que vive actualmente la narrativa cubana?

Los escritores cubanos no fuimos novelistas, no se nos daba, salvo honrosas excepciones, bien conocidas. La novela siempre estuvo atrás del cuento y sobre todo de la poesía. Nuestro canon novelístico se forma tardíamente. Arranca con *Hombres sin mujeres* de Carlos Montenegro y *Pedro Blanco, el negrero* de Lino Novás Calvo, y se completa, a mi manera de ver, con otras cuatro obras maestras como son *Paradiso* de José Lezama Lima, *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, *Celestino antes del alba* de Reinaldo Arenas y desde luego *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante.

Hoy la literatura cubana se conoce en el mundo sobre todo a través de la novela. Nunca antes hubo tantos novelistas cubanos y tampoco tanto interés por publicarlos de parte de las grandes editoriales. Creo que la novela que se escribe en la isla es una no-

vela muy imaginativa gracias, entre otras cosas, a los controles de la censura y a los temores políticos. Por su parte, la literatura ha aportado grandes dosis de frescura gracias a su apuesta irreverente y a un uso muy libre del lenguaje. Me parece muy sano jugar con los mitos. Que no se deje tñtere con cabeza, ni siquiera Martí. Yo creo que es bueno que la literatura contribuya a demoler los pesados monumentos históricos y deje ver más los claroscuros que tiene la vida.

¿Cómo imaginar la literatura cubana después del régimen castrista?

Me resulta muy difícil imaginar esa situación, pero de lo que sí estoy seguro es que de toda esa literatura de protesta, de denuncia, que podríamos calificar como literatura disidente sólo se salvará aquella que sea muy buena. En la Europa socialista existía una literatura disidente fuerte, poderosa, que se leía vorazmente, pero cuando se cayó el Muro de Berlín y se abrieron espacios democráticos, esa literatura, salvo alguna novela de Milan Kundera o de Alexander Solzhenitsyn, se hundió automáticamente en el más profundo olvido. Y perdió valor porque era una literatura que estaba muy anclada a una circunstancia, a una razón de ser extralite-raria. Pienso que eso va a pasar también con una zona de la literatura cubana en el exilio —y con todos los mamotretos panfletarios que se editan en la isla. Nadie podrá vender gato por liebre, para bien de los felinos y no pocos conejillos de la India.

pero queda un poco de tiempo libre. Puedes quedar de ir con un amigo a almorzar, un martes al mediodía, y seguir la fiesta hasta el siguiente. Aquí la gente sabe quién es Martí, quién es Benito Juárez, los americanos no se interesan por temas ajenos: los ídolos del béisbol son más que suficientes. Además, no lo niego: sigo creyendo que por algo el corazón está a la izquierda, es decir, estoy del lado de los pobres diablos de este mundo. Otra razón fue que en la época en que salí, irte a los Estados Unidos implicaba asumir una definición política, y yo no estaba preparado para hacerlo. Tiempo después publiqué *Informe contra mí mismo*, un libro que me valió muchas críticas entre los cubanos en el exilio y que me cerró por varios años la posibilidad de entrar a la isla.

Además a mí me gusta mucho México porque no sé cómo, ni cuándo, pero los mexicanos saben mucho de Cuba y los cubanos sabemos mucho de México. Uno no sabe cuándo aprendió eso, pero funciona como por osmosis. No creo que haya muchos mexicanos que sepan tantas canciones de Agustín Lara como mi madre. Y aquí siempre ha habido un gran gusto por la música cubana, por los grandes cantantes cubanos como Benny Moré. Me parece que son esos descarados ídolos de la cultura popular los que verdaderamente unen a los pueblos, no sus inmaculados héroes patrios. Estoy convencido de que lo que une a los pueblos son sus pecadores, no sus santos. ✻